Q 177
M3

PRÓLOGO.

ENSAYAR un nuevo sistema de clasificacion de los conocimientos, empresa en la que han escollado ingenios muy superiores al nuestro y dotados además, de una instruccion profunda y variada, tiene que parecer un rasgo de audacia de nuestra parte y fundar por el mismo hecho, una de las censuras que, sin duda alguna, debe atraerse la presente obra si llega á ser conocida. Tócanos pues, justificar en lo posible nuestro atrevimiento y como primer capítulo de defensa, dirémos que, casi desde la infancia, nos hemos sentido arrastrados por una irresistible vocacion, hácia los estudios científicos por una parte y á los filosóficos por otra.

Es indudable que una clasificacion de las cien-

011592

cias es tarea científica y á la vez filosófica, supuesto que se enlaza con la teoría del conocimiento. Pero nuestra decidida aficion por las cuestiones relativas á la naturaleza, objeto y destino del hombre en el Universo, de las que tratan las ciencias llamadas filosóficas y que, no obstante su inmensa dificultad, preocupan y han preocupado siempre á todos los hombres pensadores, ha tenido además que influir y mucho, en la concepcion del sistema que hoy presentamos al público, con la timidez natural en quien, con escasas fuerzas, se lanza á una empresa que solo debiera ser acometida, no ya por un talento vulgar sino por un genio.

Nuestra disculpa, si no se tiene como suficiente la vocacion que nos ha arrastrado, podria ser tambien la consideracion de que, emprendida ya por hombres superiores pero que partieron de distintos puntos de vista, la tarea que hemos acometido, necesita ahora acaso menos talento, pues que casi solo se trata de comparar y sintetizar los sistemas existentes, colocándose en un término medio entre los extremos en que, por lo comun, aquellos han sido concebidos. Pero aquí surge un nuevo peligro para nosotros.

Existe en el hombre una tendencia natural á exagerar, llevándolas hasta su último extremo, las opiniones que profesa, de lo que resultan no pocas consecuencias absurdas, que los bandos contrarios no dejan de señalar como una prueba en contra de

aquellas y acaso en favor de las que ellos mismos sostienen. Pareceria pues, que quien huyendo de esas exageraciones, lograra colocarse en el punto medio de dos contrarios pareceres, obraria con cordura y debiera captarse la estimacion y simpatía aun de los mismos contendientes. Y justo seria que así sucediese ya que, las más veces, la verdad no se encuentra solo al lado de uno de los dos partidos que luchan sino que suele acompañar á entrambos, salvo las exageraciones indicadas, hijas casi siempre de la pasion y del amor propio. El hombre que, con calma y si posible fuera, desnudo de preocupaciones, buscase la verdad en medio de las opuestas ideas, descartando todo lo que pareciera resultado de opiniones preconcebidas y apasionadas y conciliando lo que, tal vez solo en la apariencia, tuvieran de contradictorio, tendria mayores probabilidades de acierto y su empresa deberia hallar estímulo y aplauso entre los prudentes. Por desgracia el número de estos es muy limitado y la mayoría de los hombres, por efecto de esa tendencia á que antes nos hemos referido, acoge con frialdad y desconfianza, cuando no con burla y desprecio, al abogado de los términos medios, como suele llamar al que, creyendo que la verdad no es patrimonio exclusivo de un individuo ó de una fraccion del género humano, la busca entre los principios de sistemas contrarios y aun de los que parecen más inaceptables en su conjunto.

Por eso es que el creyente en una religion revelada suele mirar con más horror al que sigue una secta heterodoxa que al absolutamente indiferente en cuestiones religiosas, y mejor transige acaso con el materialista ó el ateo que con el racionalista ó el deista. Por eso en política los partidos extremos ven con tanto desden á los moderados y por eso en fin, en filosofía, los eclécticos suelen contar con menos adeptos que los que siguen las escuelas extremas del idealismo ó el sensualismo.

Y sin embargo, nosotros somos eclécticos en muchas de las cuestiones filosóficas que se agitan por diversas escuelas, porque abrigamos la conviccion de que no puede haber filosofía absolutamente falsa, pues para que existiese seria preciso que el autor se hubiera colocado fuera de su propio pensamiento, fuera de la humanidad, lo que es imposible al hombre. Las contradicciones que se observan entre los sistemas filosóficos nacen, en nuestro concepto, de que, por lo comun, cada uno de ellos solo considera las cuestiones por un lado y sin embargo, pretende imponer sus doctrinas como si fueran verdades incontestables. Por eso ha dicho Amice, que tal vez no hay en filosofía sistemas falsos, aunque sí existen muchos incompletos y cuyo principal defecto consiste en su carácter exclusivista, y por eso tambien, expresó Leibnitz el pensamiento de que todos los sistemas filosóficos son verdaderos en lo que afirman y falsos en lo que niegan.

Se censura al eclecticismo porque, se dice, que necesitaria tener un principio superior para juzgar entre las opiniones contrarias. Y bien, ese principio existe, aunque sea muy relativo; es la razon imparcial, á la que ocurren en último resultado, los mantenedores de los pareceres más contradictorios, porque como dijo Kant "la razon todo lo llama ante su tribunal, inclusive á ella misma." Mas para que la razon pueda servir de criterio, es indispensable que huya del exclusivismo que comunmente reina en las escuelas y esto es muy difícil, aunque no nos parece imposible.

***

Los sistemas de clasificacion que conocemos pueden reducirse en último análisis, á dos bases principales, si bien difieren más ó menos en los pormenores. La escuela que podria llamarse metafísica, fundándose en que el espíritu es el sujeto y Dios el orígen y lazo comun de los conocimientos, coloca las ciencias que se han llamado filosóficas como cimiento de su edificio, mientras la escuela positivista, negando la posibilidad de que el espíritu humano se eleve al conocimiento de las causas remotas y á la esencia de las cosas, excluye del dominio de la ciencia toda cuestion metafísica reputándola quimérica, inútil y aun peligrosa, y apenas si algu-

nos de sus adeptos han admitido con más ó ménos restricciones la Psicología, entre las ciencias positivas. No mencionamos la escuela materialista porque, en el fondo, coincide con la positivista, pues si bien investiga el orígen y naturaleza de las cosas, llega á negaciones que la hacen como aquella, no admitir en la ciencia sino lo que se pueda percibir ó comprobar por medio de los sentidos.

No negarémos á la escuela metafísica el derecho y aun la necesidad que tiene el espíritu humano de apoyarse en la concepcion casi instintiva, de ciertas verdades que deben servir de fundamento y enlace á todo conocimiento. Las leyes psicológicas, la existencia de Dios, la del alma y su inmortalidad, son acaso unas de ellas.

Pero si bien se considera el asunto, se debe convenir en que el conocimiento de esas verdades no se afirma científicamente sino mediante el concurso de las ciencias llamadas positivas. Si la diversa concepcion de esas ideas primitivas segun las épocas y el grado de ilustracion de los individuos, no fuera prueba suficiente de lo que asentamos, bastaria solo considerar que, aun suponiendo por ejemplo, que la idea de Dios, como causa, residiera intuitivamente en el espíritu humano, los caractéres ó atributos de esta causa, que son los que pueden darnos de ella un verdadero conocimiento, no estarian á nuestro alcance sin el auxilio de las demas ciencias. ¿Cómo podriamos saber que la Causa Primera es inteligen-

te é inmutable, sino observando los efectos que nos revela en el mundo físico? ¿Cómo distinguiriamos entre el espíritu y la materia, sin estudiar esta última en sus diversas apariencias, y cómo en fin, podriamos asegurar la inmortalidad del alma, sin conocer los caractéres del cuerpo, al que está enlazada? Una vez que las ciencias físicas nos han dado, por el intermedio de los sentidos, el conocimiento de un cierto número de hechos que la razon acepta como verdaderos, ésta puede enlazarlos y deducir de ellos consecuencias legítimas y ya fuera del testimonio de los mismos sentidos. Estas deducciones constituirán las ciencias filosóficas, elaboradas *a priori* en muy pequeña parte y *a posteriori* en el fondo y carácter científico de su doctrina.

Formar una ciencia filosófica sin más guía qne el entendimiento y sin que éste se halle ilustrado por hechos que sirvan de base á sus raciocinios, nos parece un absurdo en que acaso no han incurrido realmente los metafísicos. No es este el cargo que les harémos, pues tal vez cometeriamos una injusticia y una inexactitud; pero sí creemos que han obrado con cierta inconsecuencia al considerar las ciencias filosóficas como si estuviesen ya constituidas y pudiendo, por lo mismo, servir de base á las demas, en lugar de ser en gran parte su resultado. Quizás tal inconsecuencia ha dado pié á las afirmaciones del positivismo que, de las ilusiones y estériles esfuerzos de la razon pura para encontrar la

satisfactoria solucion de ciertos problemas, ha venido á deducir la inutilidad de esos esfuerzos ó cuando menos la imposibilidad de que lleguen á resultados positivos.

Discurrir sobre la naturaleza de las cosas sin conocerlas, ó sobre los atributos de las causas sin tener una idea clara de los efectos, seria algo parecido á la pretension de quien quisiera juzgar de un libro y de su autor sin más antecedente que el de tener el libro entre las manos. El simple sentido comun dicta que, si pretendemos juzgar de una obra y formarnos una idea siquiera aproximada del mérito y carácter de su autor, deberémos leerla y analizarla con detencion. Las primeras páginas nos revelarán desde luego, si el estilo es ó no correcto y si hay ó no enlace entre las ideas; pero mientras no terminemos el estudio de la obra, mientras no veamos completo el desarrollo del pensamiento que en ella domina, nuestras ideas sobre el libro y sobre el autor tienen que ser incompletas y adolecer de inexactitud. Concluido el estudio sí podrémos ya afirmar, si así nos ha parecido, que el trabajo es útil, bien ideado y desarrollado y que quien lo emprendió y llevó á término es inteligente, lógico, erudito; que profesa sanas ideas morales y revela conocer el idioma en que escribe. Nuestro juicio en este caso, aunque susceptible de error, como subjetivo, seria más aproximado á la verdad que el que emitiéramos por la simple lectura de algunas pá-

ginas, é infinitamente menos expuesto á la inexactitud que el que pretendiésemos formar por una especie de adivinacion, sin haber leido el libro y juzgando acaso sólo por su tamaño ó por su pasta.

Pues bien, en las cuestiones filosóficas el libro es el Universo y la Naturaleza: al ir recorriendo y analizando cada una de sus brillantes páginas, vamos adquiriendo medios para penetrar los atributos de su Autor: algunos de ellos se nos revelan, es verdad, desde los primeros renglones; pero la obra es inmensa y el hombre y la humanidad entera, muy pequeños para juzgar de ella con exactitud. Hé aquí porque, si las ideas sobre Dios, y sobre otras cuestiones que agita la Filosofía, se van modificando y depurando continuamente, puede sin embargo asegurarse *a priori* que siempre tendrán para el hombre misterios insondables, pues *a priori* tambien puede decirse, que solo en un caso imposible, tendria el hombre conocimiento perfecto de la Causa Primera, á saber: cuando conociera con perfeccion sus efectos; esto es el Universo visible é invisible, material y espiritual.

Pero señalar la imposibilidad de una concepcion perfecta del Universo y de su Causa, no equivale á afirmar que sea imposible arrancar uno á uno algunos girones del inmenso velo que nos encubre la verdad. Esto lo acepta el positivismo en cuanto á la obra; ¿por qué lo niega en cuanto á la causa? Parécenos ser esto tambien una inconsecuencia,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

tanto menos explicable cuanto que, como hemos dicho y lo dicta la conciencia universal, algunos de los atributos de la Causa Primera se revelan desde luego y casi en una simple ojeada.

Si toda obra humana demuestra el grado de inteligencia de quien la ha producido, el Universo con la admirable armonía de sus leyes y fenómenos y cualesquiera que sean las aparentes irregularidades que nos presente, atestigua de una manera irrefutable la suprema inteligencia de su Sublime Autor, como esa misma armonía y la uniformidad con que se suceden los fenómenos bajo las mismas circunstancias, están demostrándonos la unidad é inmutabilidad de la Primera Causa.

Bien sabemos que por desgracia, algunas inteligencias, extraviadas en nuestro concepto, han negado la armonía é inteligencia que revela el Universo, fundándose en esas aparentes irregularidades de que antes hablábamos y negando por consiguiente su valor á la prueba teleológica que para nosotros, es la más concluyente, no de la existencia misma de Dios que se nos impone como una verdad indiscutible y que casi no necesita demostracion, sino de sus principales caractéres ó atributos.

En un capítulo especial de esta obra nos encargamos de analizar las principales razones en que pretenden apoyar sus negaciones los disteleologistas: por ahora solo recordarémos que muchos de los grandes genios que han ilustrado la Ciencia y la Fi-

losofía, entre los que podriamos citar nombres tan ilustres como los de Newton, Leibnitz, Linneo, Kant, Bossuet, Fenelon, Voltaire, D'Alembert, Diderot y una lista interminable, han dado un gran valor á la prueba teleológica, imaginando apenas, que haya quien pueda poner en duda la inteligencia que preside el Universo.

Otros muchos sabios y filósofos distinguidos, entre los que mencionarémos á Oersted en el conjunto de artículos publicados en aleman bajo el título de *Der Geist in der Natur*, Laugel en su obra *Science et Philosophie*, Flammarion en la que intituló *Dieu dans la Nature* y Figuier en *Le Lendemain de la Mort*, no solo han aceptado la prueba teleológica, sino que casi han intentado, lo mismo que en otra forma proponemos en nuestro sistema; esto es, fundar la solucion de los problemas filosóficos en los datos de la ciencia positiva. Citamos estos nombres respetables en apoyo de nuestras doctrinas, porque más que al título de originales, aspiramos al de lógicos y racionales en nuestros juicios.

Por otra parte, muy difícil, si no imposible, es encontrar hoy un pensamiento enteramente nuevo en alguna obra. La ley de evolucion que rige así en el órden físico como en el moral é intelectual, trae como consecuencia precisa la combinacion y modificacion constante de las ideas ya existentes, que vienen á ser respecto del pensamiento, lo que son los cuerpos químicos simples respecto de los com-